

Ciudades radicales

*Un viaje a la nueva
arquitectura latinoamericana*

JUSTIN MCGUIRK

T

TURNER NOEMA



Ciudades radicales

*Un viaje a la nueva
arquitectura latinoamericana*

JUSTIN McGUIRK

EVA CRUZ

COLECCIÓN NOEMA



Título:

Ciudades radicales. Un viaje a la nueva arquitectura latinoamericana

© Justin McGuirk, 2014

Edición original en inglés: *Radical Cities. Across Latin America in Search of a New Architecture*. Verso Books, 2014

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2015

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: mayo de 2015

De la traducción: © Eva Cruz, 2015

ISBN: 978-84-16354-52-8

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

Enric Jardí

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

ÍNDICE

Introducción

- I. De Buenos Aires a San Salvador de Jujuy. Dictadores y revolucionarios**
- II. De Lima a Santiago de Chile. Una plataforma para el cambio**
- III. Río de Janeiro. La favela es la ciudad**
- IV. Caracas. La ciudad es política congelada**
- V. Torre de David. Una utopía pirata**
- VI. Bogotá. La ciudad como escuela**
- VII. Medellín. Urbanismo social**
- VIII. Tijuana. En el ecuador político**

Agradecimientos

Para Dina.

Latinoamérica es África, Asia y Europa a la vez.

FÉLIX GUATTARI,
Micropolítica. Cartografías del deseo

“¿Qué queréis ser? -pregunta el anarquista a los jóvenes estudiantes-. ¿Abogados, para invocar la ley de los ricos, que es injusta por definición? ¿Médicos, para atender a los ricos, y para recetarles buena alimentación, aire puro y descanso a los tísicos de las barriadas? ¿Arquitectos, para proporcionarles cómodos alojamientos a los propietarios? Mirad a vuestro alrededor y luego examinad vuestra propia conciencia. ¿No comprendéis que vuestro deber es muy otro? Consiste en poner os del lado de los explotados y trabajar por la destrucción de un sistema inaceptable.”

VÍCTOR SERGE,
Memorias de un revolucionario,
citando un panfleto de Piotr Kropotkin.

INTRODUCCIÓN

Sábado, 30 de junio de 1962.

9:35 a. m. El presidente Kennedy llega al proyecto de viviendas sociales.

Visita al proyecto – breve ceremonia.

Encontré esta anotación en el archivo digital de la biblioteca John F. Kennedy, en la agenda de la visita oficial del presidente a Ciudad de México en 1962. Me habían dicho que en ese viaje le habían llevado a ver Nonoalco Tlatelolco, una gigantesca barriada de viviendas sociales, la mayor de su especie de toda Latinoamérica. Y tenía su lógica. En la década de 1960, si uno quería alardear de la modernización de su país, ¿adónde iba a llevar al presidente de Estados Unidos, sino a unas hileras industriales de viviendas que se extendían hasta donde alcanzaba la vista? La mecanización, la movilidad social y el poder económico, todo junto en una única imagen poderosa.

Pero mi fuente estaba equivocada. Unas páginas más adelante, el informe sobre el itinerario de Kennedy dice que el proyecto de viviendas sociales que visitó fue el de Unidad Independencia y no el de Tlatelolco, que por entonces seguía en construcción. Casi puede sentirse la frustración de los anfitriones. Dos años más tarde, la ciudad habría contado con un sitio infinitamente más impresionante que mostrar. Las fotografías de Tlatelolco sacadas cuando se completó, en 1964, están entre las imágenes de viviendas sociales más potentes que yo haya visto nunca. Filas y más filas de megabloques que se yerguen imponentemente sobre la vasta extensión chata de Ciudad de México. Las cuadrículas repetidas de sus fachadas parecían bancos de ordenadores, o las granjas de servidores del futuro.

He aquí la utopía del movimiento moderno, o modernismo, construida a una escala que Le Corbusier soñó pero nunca llevó a cabo. Esta ciudad dentro de la ciudad tenía ciento treinta edificios y proporcionaba quince mil viviendas. En su mejor momento, en Tlatelolco llegaron a vivir cien mil personas. Era el tipo de solución que Ciudad de México parecía exigir para su problema de explosión demográfica alimentado por la industrialización y las consiguientes inmigraciones masivas del campo. Lo que en 1940 era una población de algo más de un millón de habitantes, iba camino de alcanzar los quince millones en 1980.

El arquitecto de Tlatelolco fue Mario Pani. Como otros arquitectos latinoamericanos relevantes de su generación, se había formado en Europa, concretamente en París, donde asistió a la École des Beaux-Arts en la década de 1920, antes de embeberse del espíritu del modernismo lecorbusiano. En un proyecto urbanístico anterior, el Multifamiliar Presidente Alemán, construido en 1948, incluso utilizó los bloques en zigzag de la Ville Radieuse, el proyecto de Le Corbusier para la ciudad ideal. Pero mientras que Pani, en un sentido, estaba mostrándose poco original, en otro estaba llevando por fin a efecto aquellas ideas nunca realizadas. Porque Tlatelolco llevaba la idea modernista de la vivienda social a su conclusión lógica, muchos dirían que absurda. Si la ciudad del futuro, a mediados del siglo xx, la formasen hileras de megabloques colocados en zonas de parques y jardines, entonces el aspecto del futuro era el de Tlatelolco.

De hecho, el plan de Pani había sido construir en ese lugar “cinco o seis Tlatelolcos”, con una extensión de tres millones de metros cuadrados. Desde su punto de vista, gran parte de Ciudad de México merecía ser demolida, para que pudiera florecer su visión nueva. Invocando a Le Corbusier hasta el final, Pani nunca aceptaría que el genio

suizo pudiera ser, por tomar prestada la descripción de Henri Lefebvre, “un buen arquitecto, pero un urbanista catastrófico”. En 1964, Pani seguía representando el progreso.

En la película *Los olvidados*, de Luis Buñuel, que protagoniza un grupo de marginales de Ciudad de México, hay una escena en la que un joven delincuente asesina a un rival y le roba el dinero de los bolsillos. Es una escena primitiva, como la de Caín matando a Abel; solo que de fondo se ve la estructura de acero de un edificio moderno. ¿Son viviendas sociales? Imposible saberlo. Pero, alzándose sobre la tierra baldía, esa obra simboliza sin duda el progreso que viene. En el retrato implacablemente sombrío de Buñuel de la vida en Ciudad de México en 1950, el crimen se presenta como una consecuencia inevitable de la pobreza. Podría decirse que ese plano fugaz del edificio en construcción es el único atisbo de esperanza: sugiere la idea del cambio, de la modernidad que acude cabalgando al rescate.

No era Tlatelolco lo que se estaba construyendo en la película, pero podría haberlo sido perfectamente. El proyecto se levantó sobre el terreno de un barrio de chabolas superpoblado, y el proyecto de Pani, encargado por el gobierno, contemplaba realojar a sus habitantes al tiempo que traía residentes de clase media, para crear diversidad social. En resumen, se trataba de limpiar los barrios pobres, como se había hecho toda la vida. Pani igualó la densidad extrema de la barriada a la que estaba sustituyendo, que era de mil habitantes por hectárea, pero con máquinas asépticas, verticales, rodeadas por miles de hectáreas de terreno público. Podemos ponerle pegasa a su visión, tanto desde el punto de vista urbanístico como estético, pero donde todo se torció fue en los resultados. Pensado en un principio para los pobres, Tlatelolco terminó siendo ocupado en su mayoría por burócratas, funcionarios

de los ferrocarriles estatales y de las compañías de salud. Como suele suceder, los habitantes de las chabolas fueron trasladados a otro sitio. Este fue el error clave de un proyecto que terminó alcanzando notoriedad por razones completamente distintas.

En el corazón del complejo urbanístico se encuentra un lugar histórico. Las ruinas de una pirámide señalan el punto en el que los aztecas fueron derrotados definitivamente por los españoles, y junto a ellas se alza la iglesia de Santiago Tlatelolco, del siglo *xvi*, anuncio de la nueva era. Pani incorporó estos dos monumentos fundamentales en una pieza central llamada plaza de las Tres Culturas, un gran espacio bordeado por sus bloques de apartamentos de aspecto brutalista. Las tres culturas que se daban cita aquí eran la precolombina, la colonial y la moderna, creando un conjunto simbólico que vinculaba con su pasado a ese México en proceso de modernización. Pero la alegoría arquitectónica de Pani se vería ensombrecida por la tragedia.

En octubre de 1968, pocos días antes de la inauguración de los Juegos Olímpicos de México, los estudiantes escogieron la plaza de las Tres Culturas para organizar una manifestación en favor de la democracia, desafiando al presidente autoritario Gustavo Díaz Ordaz y al sistema político de partido único que lo había llevado al poder. Nervioso ante cualquier signo de agitación en vísperas de los Juegos, Díaz Ordaz mandó al ejército, y cientos de estudiantes fueron asesinados por soldados que disparaban a la plaza desde los edificios de apartamentos de alrededor. El poeta Octavio Paz lo describió como la repetición de un rito azteca: “varios cientos de muchachos y muchachas inmolados, sobre las ruinas de una pirámide”. Fue el primer golpe a Tlatelolco como emblema del México moderno. El segundo llegó en 1985, cuando un terremoto provocó el derrumbamiento de uno de los edificios. La causa más

probable de la catástrofe fueron los recortes presupuestarios de las empresas constructoras, un problema habitual en las viviendas sociales de toda Latinoamérica. Una docena de edificios más tuvieron que ser demolidos porque presentaban daños estructurales, y hubo que revisar a fondo el complejo entero. Al final, este fue el golpe más devastador que sufrió la visión de Pani.

Tlatelolco resulta hoy casi irreconocible. En una carnicería con vistas a la plaza, entre los carteles de corridas y las cabezas de toro (el carnicero fue antes matador), se pueden encontrar fotografías del lugar tomadas poco después de que se terminara de construir. Las fachadas en damero han desaparecido, cubiertas hoy por espesos forros de hormigón. Estas nuevas coberturas se colocaron después del terremoto para reforzar los edificios, lo que añadía otro estrato arqueológico a un lugar que ya contaba con una gran carga histórica. Comparados con las fotografías del carnicero, algunos edificios han cambiado claramente de forma, como si de la parte superior se hubieran afeitado varios pisos en aras de la estabilidad. A la vuelta de la esquina hay un monumento en memoria de la torre de pisos caída.

Después de haber pasado un rato examinando sus fotos, me siento obligado a comprar algo. Le pido una Coca-Cola, pero el carnicero no me deja salir con la botella: me la vierte en una bolsa de plástico transparente y le coloca una pajita. Sorbiendo de mi bolsa, me quedo de pie en medio de la plaza de las Tres Culturas, imbuyéndome de la colisión de distintas ideas. En un lado la roca negra, volcánica, de la pirámide y de la iglesia; y en el otro, el hormigón en celdillas: misticismo y racionalismo en grados diferentes, pero, al fin y al cabo, tres tipos distintos de fe. Hay una placa que conmemora la toma de Tlatelolco por Hernán Cortés en 1521, acontecimiento que se describe como “el doloroso nacimiento del pueblo mestizo que es el México de

hoy". Si esta plaza simboliza el nacimiento de una nación, también marca el nacimiento y la muerte súbita de la planificación utópica moderna de México.

Empiezo a caminar hacia el otro lado de la barriada, que está a casi dos kilómetros de distancia. El tamaño de Tlatelolco sigue intimidando. Después del terremoto, el barrio entró en decadencia, convirtiéndose en la década de 1990 en una zona peligrosa, que convenía evitar. Hoy ya no parece para tanto. Los jardines son frondosos y están bien cuidados; en este sentido, los climas tropicales de Latinoamérica fueron indulgentes con los planes de viviendas brutalistas importados de Europa: la naturaleza suavizó un estilo arquitectónico carente de piedad. Deambular parece una actividad sin peligro. Admito que es una impresión patéticamente poco científica, pero se mide por comparación con la que suscitan algunas barriadas de otras ciudades del continente a las que ningún nativo me acompañaba, o, si lo hacía, no se atrevía a salir del coche. Aunque las mías no son más que impresiones académicas, porque la tasa de delincuencia sí que preocupa a los vecinos. Hay problemas de trapicheo de drogas y de violencia de bandas, y, por lo visto, la mitad de los habitantes ha sido víctima o testigo de algún crimen. Además, sigue preocupando la solidez estructural de los edificios.

La historia nos resulta familiar. Las viviendas sociales de Europa y de Norteamérica se han enfrentado a los mismos problemas y han tenido en contra a la opinión pública de un modo parecido. Aunque rara vez se tratase de defectos propiamente arquitectónicos (suelen deberse más bien a un mal mantenimiento, a una administración pobre o al deterioro que trae consigo la pobreza), se culpaba a los arquitectos. Se les atribuía de forma generalizada una serie de pecados: tratar a las personas como si fueran hormigas, afeard las ciudades, sustituir la variedad por la uniformidad,

y repetirse, repetirse y repetirse. Hablando de “fracaso”, los gobiernos utilizaban estos pecados como excusa para dejar de construir viviendas sociales, confiando en que fuera el sector privado el que cubriera ese hueco y permitiendo que sus políticas neoliberales hicieran de las ciudades lugares con una desigualdad mayor. En Londres, mientras escribo estas líneas, algunas zonas de viviendas sociales que se cuentan entre los símbolos más visibles de un estado del bienestar que se mantenía vigente desde la década de 1930, están siendo demolidas para dejar sitio a “urbanizaciones de lujo” construidas por contratistas privados. Tal y como ocurre en Latinoamérica, los pobres serán empujados hacia la periferia, incluso completamente fuera de la ciudad en algunos casos.

¿Por qué, entonces, Latinoamérica es especial? ¿Y qué podemos aprender de ella? Como veremos, los países de América Central y del Sur acogieron algunos de los más importantes experimentos de vida urbana del siglo xx. Latinoamérica, no lo olvidemos, experimentó la urbanización masiva mucho antes que China y que África, de donde hoy nos llegan unas estadísticas de crecimiento de población urbana que dan hasta pánico. En las décadas de 1950 y 1960 había datos equivalentes relativos a Brasil, México, Venezuela y Argentina. Decir que más de la mitad de la población mundial vive en ciudades se ha convertido en un cliché, pero muchos países de Latinoamérica mantienen hace décadas un porcentaje de urbanización del ochenta por ciento. Los arquitectos latinoamericanos recogieron el guante de los europeos del movimiento moderno para intentar gestionar la escala de la inmigración urbana. Si las viviendas estandarizadas e industrializadas eran el futuro, entonces había que adaptarlo a la escala del nuevo mundo.

Dejemos a Le Corbusier a un lado por un momento. Su famosa *Unité d'Habitation* de Marsella (lo más cerca que

estuvo de hacer realidad su visión de viviendas masificadas) constaba solamente de trescientos treinta y tres apartamentos. Piense el lector en cambio en algunos de los mayores proyectos de viviendas sociales de Europa y América. Viene a la cabeza el malhadado proyecto Pruitt-Igoe de St. Louis, Misuri. Diseñado por Minoru Yamasaki en 1952, constaba de 2.870 apartamentos. Ni siquiera Le Mirail, una nueva ciudad modernista completa próxima a Toulouse, en Francia, diseñada por Candilis Josic Woods en 1961, creó más que cinco mil seiscientos hogares. Comparémosla con el extraordinario complejo de viviendas 23 de Enero de Carlos Raúl Villanueva, en Caracas, que en 1957 contenía más de nueve mil apartamentos. O con el propio Tlatelolco, con sus quince mil. A propósito de Tlatelolco, la revista británica *Architectural Review* escribió: “Incluso años después de estar inmunizados ante las formas de Niemeyer, los europeos del norte todavía pueden sentirse impresionados por la osadía latinoamericana”.

Con toda su osadía, fue en Latinoamérica donde murió la utopía del movimiento moderno. 23 de Enero resulta hoy un paradigma de los problemas que aquejan a esta ambiciosa y terca concepción de viviendas para las masas. Infestada de delincuencia y superpoblada, la barriada se rige por su propia ley, y la policía procura no adentrarse en ella si puede evitarlo. Entre esos superbloques ha crecido una moqueta de pobreza, un organismo que ahora parece atar a los edificios entre sí en una especie de relación simbiótica. Se trata del tipo de formas híbridas que se están desarrollando en las ciudades de Latinoamérica, donde la visión racionalista de mediados del siglo xx está dando paso a la lógica ineludible de la ciudad informal.

A principios de la década de 1970, los proyectos residenciales modernistas por lo general estaban desacreditados en Europa y América. Es bien sabido que el historiador de la arquitectura Charles Jencks situó en la

demolición de Pruitt-Igoe en 1972 el final del movimiento moderno. Pero en Latinoamérica no fue del todo así, pues hasta el final de la década se siguieron construyendo ambiciosos proyectos de viviendas sociales, a menudo por dictaduras militares que los utilizaban para recompensar a las bases que los apoyaban. De hecho, yo diría que fue un acontecimiento distinto, anterior, el que marcó el final de la vivienda social como ideal, y con él el fin del reinado del arquitecto como la fuerza más poderosa en la construcción de las ciudades.

En 1968 el presidente de Perú, Fernando Belaúnde Terry, inició, con el apoyo de la ONU, un proyecto cuyo objetivo era resolver el problema creciente de las barriadas de Lima. El PREVI (Proyecto Experimental de Vivienda) era una propuesta diferente, que optaba no por la artillería pesada del megabloque, sino por un plan más inteligente de casas individuales que los propios habitantes podían ampliar a medida que sus familias crecían. Esto es algo que, naturalmente, no se puede hacer con el apartamento de una torre de pisos. La idea había surgido de la investigación de un arquitecto inglés, John Turner, que había estudiado las barriadas y estaba presentando un argumentario convincente para no verlas como barrios pobres que había que erradicar, sino como soluciones creativas y eficientes para las necesidades de los pobres. ¿Por qué trasladarlos a bloques nuevos en los bordes de las ciudades, lejos de sus trabajos y pagando rentas que no se podían permitir? Turner proponía, lo que despertó mucha polémica, que en realidad era una ventaja que los pobres construyeran sus propias casas. Los promotores del plan PREVI le dieron la razón solo en parte, ya que la solución que ofrecían era híbrida. El gobierno proporcionaría un marco de buena arquitectura, diseñada de manera específica para que pudiesen ampliarla los residentes: una combinación del movimiento moderno con el chabolismo.

Lo que resultó notable del PREVI fue la talla de las figuras implicadas, un *dream team* de la vanguardia arquitectónica mundial. Entre ellos estaban el inglés James Stirling, el holandés Aldo van Eyck, los metabolistas japoneses, Charles Correa de la India y Christopher Alexander de Estados Unidos, entre muchos otros. Por razones que veremos más adelante, el proyecto solo se desarrolló parcialmente, y luego fue descartado. Olvidado por la mayoría hasta hace muy poco, el PREVI sigue siendo uno de los grandes “casi momentos” de la arquitectura del siglo XX. Constituyó, de hecho, un intento de salvar la arquitectura, de resucitarla como fuerza para el cambio social. Pero fue la última vez en que a los mejores arquitectos de una generación se les invitó a ocuparse de la cuestión de las viviendas sociales.

A partir de entonces, fueron otras las prioridades de las ciudades de Latinoamérica. Se había hecho palpable que, sencillamente, no era posible construir edificios de viviendas lo bastante rápido como para contrarrestar la envergadura del problema; ni lo bastante baratos como para evitar la bancarrota de los países. Turner había defendido que, de hecho, a los pobres les salía literalmente más a cuenta cuidar de sus propios intereses y construir sus propios asentamientos informales. “Ningún gobierno, por rico que sea, como demuestra el proyecto venezolano de superbloques, es capaz de financiar más que una pequeña proporción de la demanda total de vivienda”, había escrito en 1963. Según esta *realpolitik*, las chabolas no eran el problema, sino la solución. Tal vez no resulte sorprendente que esta fuera la misma conclusión a la que terminarían llegando los propios gobiernos, que eran cada vez menos capaces (o tenían menor voluntad) de adscribir a la vivienda los mismos recursos que le habían otorgado hasta entonces. Pero esto no indica que los políticos latinoamericanos estuvieran leyendo a Turner, ni siquiera

que conociesen su existencia. El cambio de estado de ánimo colectivo, alejándose de la responsabilidad paternalista, estaba teniendo lugar a un nivel mucho más alto. Siguiendo las políticas neoliberales defendidas por el Fondo Monetario Internacional, muchos gobiernos dejaron el problema de la vivienda en manos del libre mercado. Fue el mismo error que cometió Margaret Thatcher en Gran Bretaña, solo que con consecuencias incalculablemente más serias, porque el déficit de viviendas en Latinoamérica no se contaba en miles sino en millones.

La actitud del *laissez-faire* respecto de las ciudades ganó ímpetu en la década de 1960. La postura de Turner puede interpretarse en el contexto de la defensa por parte de Jane Jacobs de las bulliciosas calles de Greenwich Village, de los miembros de Team 10 estudiando los pueblos dogón en Malí, y de los situacionistas burlándose de Le Corbusier y de sus “morgues” en forma de torres de pisos. Esta actitud fue ejemplificada por la exposición de 1964, “Arquitectura sin arquitectos”, organizada por Bernard Rudofsky en el MOMA de Nueva York. Celebrando la belleza atemporal de los edificios indígenas, ofrecía pruebas, en caso de que fueran necesarias, de que llevábamos miles de años arreglándonoslas perfectamente sin arquitectos. ¿Y qué eran las favelas y las barriadas sino productos del mismo trabajo artesanal intuitivo?

En la década de 1970, las favelas de Río de Janeiro y de São Paulo, los barrios de Caracas, las villas miseria de Buenos Aires y las barriadas de Lima empezaron a adquirir dimensiones mucho mayores. Abandonando la idea de la vivienda como un derecho, los gobiernos de toda Latinoamérica optaron por intentar contener el crecimiento de los asentamientos informales. Un enfoque consistió en proporcionar lo que se conocía como “sitios y servicios”, en que se planificaban parcelas sobre el suelo, a las que se dotaba de infraestructuras básicas, pero la gente se

construía sus propias casas. Dejando la vivienda en manos de la economía de libre mercado, optaron cada vez más por soluciones no arquitectónicas para sacar a la gente de la pobreza, como los programas de bienestar social. Había terminado la época en la que los arquitectos como Pani o Villanueva podían erigir ciudades modernistas dentro las ciudades, con el apoyo total de un estado paternalista. Sus puestos los ocupaban ahora los economistas y los políticos.

La historia de la vivienda social modernista en Latinoamérica se presenta a menudo como la de un fracaso heroico: audaces arquitectos al servicio de bienintencionados estados del bienestar. En verdad, las políticas dejaban bastante que desear muchas veces. Las constructoras más ávidas de viviendas sociales fueron las dictaduras militares que atenazaron Venezuela, Argentina, Chile y Brasil durante largos periodos entre la década de 1950 y la de 1980. Cuando las barriadas sociales no eran sino herramientas para impulsar la economía, se utilizaban para reubicar a ocupantes ilegales, retirándolos del centro y trasladándolos a la periferia, lo que producía ciudades polarizadas. Pero podemos decir que se embarcaron en proyectos de viviendas sociales con convicción. Lo que sucedió después, sin embargo, osciló entre la renuncia a la responsabilidad y el control de la crisis. Sería imposible generalizar aquí sobre las políticas urbanas de todo el continente, porque había tantos enfoques como situaciones políticas y condiciones regionales. Con los distintos capítulos de este libro se irá componiendo una imagen más detallada y matizada.

De momento, nos permitiremos algunas grandes generalizaciones sobre la cultura arquitectónica de los años que estamos estudiando. Podría decirse que, con el final de las viviendas sociales como prioridad gubernamental, no solo en Latinoamérica sino también en Norteamérica y en Europa, los arquitectos perdieron su función social. Los

edificios de viviendas que habían acompañado el proceso de industrialización dieron paso a las torres de oficinas que preconizaban la economía de servicios. El modernismo dio paso al posmodernismo, y el cristal transparente del racionalismo se convirtió en los espejos impenetrables de la nueva cultura corporativa. La vanguardia (es decir, aquellos que eran demasiado jóvenes o demasiado intelectuales como para subirse a la ola de la oficina posmodernista y al *boom* hotelero) se retiró a experimentar con la arquitectura como arte autónomo, que bebía de la filosofía deconstructivista y de la geometría compleja. Avanzando el tiempo, van convergiendo el desarrollo del *software* para el dibujo y la economía globalizada hasta que *-voilà!-* nace el arquitecto estrella.

Lo que ocurrió en la década de 2000 es fácil de parodiar, y lo seguirá siendo hasta que, inevitablemente, un futuro más piadoso resucite al arquitecto estrella como héroe. La era del “icono” -nos refiramos al *blob* o a otras formas paramétricas, o incluso al gélido minimalismo- fue consecuencia de que la construcción de formas puramente arquitectónicas encontrara al fin un mercado globalizado. Esta construcción la ansiaban tanto la élite empresarial como la industria cultural en expansión. Y los arquitectos se mostraron osados ante el nuevo mundo de oportunidades que se les abría a la hora de hacer realidad los edificios de sus sueños. Incluso sus intelectuales, Rem Koolhaas en especial, invocaban una cultura del ¥€\$ en la que el arquitecto y el cliente satisfacían mutuamente sus fantasías más locas; una filosofía que, bajo la égida de su joven acólito Bjarke Ingels, se convirtió en el eslogan “Sí es más”. En la década de 1970, el crítico marxista de la arquitectura Manfredo Tafuri se quejaba ya de que el capitalismo hubiera logrado arrancarle a la arquitectura su función ideológica; pero estaba claro que aún no había visto nada. Lo que él había percibido como el “drama” de la arquitectura

alcanzaría su apogeo un poco después: “que la arquitectura se viese obligada a retornar a lo puramente arquitectónico, a la forma sin utopía; en los mejores casos, a la inutilidad sublime”.

“Forma sin utopía” es la clave de la arquitectura de principios del siglo XXI. En la década de 1960, la vanguardia arquitectónica se dedicaba a la creación de viviendas sociales; nombres europeos como Alison y Peter Smithson tuvieron una gran influencia en una generación de arquitectos latinoamericanos que construían viviendas sociales a una escala jamás lograda por los Smithson. La pregunta es: ¿qué había detrás de tal dedicación? ¿El que ellos fuesen idealistas; o el que el trabajo se encontrase en las viviendas sociales (y el ¥€\$ de la década de 1960 fuese una respuesta a las autoridades gubernamentales en materia de vivienda)? Considero que la respuesta está en ambas cosas. Ver sus creaciones como un trabajo bien pagado sin más supone despojarlas del contenido ideológico que demuestran de un modo tan claro. En la primera década del siglo siguiente, en cambio, el culmen de la ambición arquitectónica sería el museo.

Se le llame “efecto Guggenheim”, “efecto Bilbao”, o como se quiera, el museo como instrumento de regeneración urbana, o de generación de marca urbana, se convierte en el centro del discurso arquitectónico. En la actualidad, la idea de la arquitectura puesta al servicio de la industria cultural resulta perfectamente noble. El que España se entregase en esos años a la producción de un museo detrás de otro (puede que solo porque esa arquitectura era mejor, y más contenida, que la que se veía en China o en Dubai) revelaba una fe en la idea de la arquitectura como fuerza civilizadora de la ciudad. Volviendo la vista atrás, el que España, mientras tanto, estuviera arruinándose hasta la bancarrota lo que prueba es que el sistema que servía de base a todos esos museos era

débil. De hecho, el mismo proceso de una regeneración cultural basada en el fomento de la marca era cómplice de la perspectiva neoliberal hacia la ciudad, en la que la motivación última es siempre el crecimiento del valor del suelo y el beneficio. Si la arquitectura no es más que especulación, ¿podría haber un legado más adecuado de ese periodo que los tres millones y medio de pisos vacíos que hay en España? Este es el drama capitalista sobre el que nos había advertido Tafuri, el drama de la arquitectura por la arquitectura: sin ideología, sin utopía.

Qué fácil es ahora echar la culpa a los arquitectos por ponerse al servicio de una economía del espectáculo, ¿verdad? En este mundo nuestro en plena recesión, los arquitectos estrella son un blanco fácil, y lo de “espectáculo” se ha convertido en una denominación habitual. Pero este libro se propone llevar al lector a lugares que son también espectaculares a su modo; incluso en el ámbito de las viviendas sociales. El conjunto Pedregulho de Affonso Reidy en Río, construido en la década de 1950, tiene una fachada ondulada diseñada para ser en sí misma un espectáculo. Era el utopismo tropical en acción. Por su parte, la visión de Tlatelolco extendiéndose a lo lejos, una obra humana que se aproximaba a la escala temible de lo sublime, es también un espectáculo. Ambos tienen el poder de trasladar visualmente una voluntad política al servicio del pueblo, de significar a un tiempo la modernización y el derecho a la vivienda. El que terminaran representando cosas completamente distintas (como el fracaso, la actitud unidimensional hacia la construcción de las ciudades, o el crimen) constituye una lección histórica. Tal vez nuestro juicio de lo que es espectáculo dependa no tanto de cómo diseñan los arquitectos como de *qué* diseñan. Es la dimensión social de las viviendas masivas lo que nos hace perdonar sus fracasos, y hasta añorarlas.

Pero el presente libro no constituye una historia revisionista de la vivienda social en Latinoamérica: es mucho más optimista. Lo que vengo sosteniendo es que la arquitectura del espectáculo, mermada por la crisis financiera de 2008, fue la culminación de un proceso iniciado con el abandono de las viviendas sociales como proyecto utópico. Después de que Latinoamérica atravesase su propio momento Pruitt-Igoe, con la cancelación del PREVI, la mancha que cayó sobre Tlatelolco por la masacre de estudiantes, la conversión de 23 de Enero en un arrabal, y la degradación de innumerables barriadas más por todo el continente, se produce un hiato de tres décadas, a lo largo de las cuales el arquitecto no se involucra ya en el problema de cómo incorporar grandes masas de pobres a la ciudad. Esto implica la desaparición de la arquitectura con fines sociales, porque a nivel comunitario sigue habiendo en marcha todo tipo de iniciativas. Pero en la última década ha surgido una nueva generación de arquitectos en Latinoamérica que han devuelto un hálito de esperanza a la idea de que el arquitecto puede marcar una diferencia significativa en las ciudades del mundo en vías de desarrollo. Este libro trata de esa nueva generación.

UNA GENERACIÓN DE OPTIMISTAS

A mediados de la década de 2000, como director de una revista de arquitectura, podría haber sacado casi todos los meses algún edificio de Chile. Había una corriente constante de museos, edificios universitarios y casas lapidarias que se asomaban a precipicios espectaculares. Se convirtió casi en un reto no incluir otra segunda residencia ubicada en esa franja del país en que la riqueza del cobre y el talento arquitectónico se aliaban para producir una saturación de pornografía arquitectónica. Pero había un

proyecto que se anunciaba como algo más que un mero despliegue glorioso a doble página en una revista: un proyecto de viviendas en el extremo norte de Chile diseñado por Alejandro Aravena y su estudio, Elemental. Eran viviendas sociales, construidas para una comunidad pobre con un presupuesto de lo más ajustado. Lo que resultaba ingenioso era que parecía reescribir la ecuación de la vivienda social, proporcionando a cada familia solo media casa, y dejándoles construir la otra media según sus medios, dentro de un marco estructural definido. Era inteligente, tenía capacidad de adaptación y permitía (igual que antes el PREVI) que la gente participara en el resultado. Además, lo que resultaba poco habitual, dentro de que fuese un proyecto de viviendas sociales, era que la iniciativa había partido del propio Aravena, junto con su socio de entonces, Andrés Iacobelli. Presionaron al gobierno para que les dejara probar su modelo, hasta que finalmente les remitieron a esa necesitada comunidad del norte. Entonces tuvieron que resolver el pequeño asunto de cómo financiar su plan. Aquí el ímpetu, desde la concepción hasta el producto final, lo puso el arquitecto.

Pronto me di cuenta de que Aravena no era el único arquitecto que se estaba embarcando en proyectos sociales en Latinoamérica, ni el único que era la fuerza motriz de los mismos. En Venezuela, Urban-Think Tank (u-tt), un estudio fundado por el venezolano Alfredo Brillembourg y el austriaco Hubert Klumpner, estaba construyendo lo que ellos llamaban “gimnasios verticales” en las barriadas de Caracas. Estas estructuras, que ofrecían un uso mucho más intensivo que los pequeños campos de fútbol a los que sustituían, tenían un efecto galvanizador sobre las comunidades. Cuando conocí a los Urban-Think Tank, estaban construyendo también un sistema de teleféricos hacia las barriadas de las laderas, conectando la ciudad informal con el centro urbano y mejorando radicalmente la

movilidad de los habitantes de las barriadas. De nuevo, fueron un par de arquitectos quienes pusieron en marcha esta infraestructura urbana, que sigue siendo uno de los legados más visibles del gobierno de Chávez. Como veremos, la historia de cómo lograron sacarlo adelante tiene que ver tanto con la pelea política al más alto nivel como con una capacidad de supervivencia aprendida en la calle.

En Brasil, el inmigrante argentino Jorge Mario Jáuregui ha pasado casi dos décadas trabajando para mejorar la calidad de las viviendas y del espacio público de los arrabales de Río de Janeiro. Como uno de los defensores más activos del proyecto Favela-Bairro, Jáuregui estaba elevando el nivel de las barriadas mucho antes de que esto se convirtiese en una ocupación de moda entre los arquitectos. Su metodología consistía en utilizar los espacios públicos y el transporte para construir conexiones entre la ciudad informal y la ciudad formal. El principio básico de Favela-Bairro, el de que la forma urbana sirve para suavizar las divisiones sociales, resultaría enormemente influyente.

En Colombia encontramos una historia distinta. Más que a los arquitectos activistas generando apoyos, asistimos a lo que en realidad ha sido la radicalización de una clase política que adoptó soluciones espaciales (es decir, que usó la arquitectura) para resolver problemas de degradación social. Los logros políticos de Colombia en las décadas de 1990 y 2000 se pusieron en marcha gracias a una figura extraordinaria: el matemático, filósofo y alcalde de Bogotá durante dos legislaturas Antanas Mockus, un excéntrico genio de la política que utilizó métodos heterodoxos para tomar el control sobre una capital famosa por sus muchos problemas. Heredando una ciudad assolada por el crimen, la violencia y el tráfico de drogas, Mockus se dispuso a intentar inculcar una nueva cultura cívica. Redujo los accidentes de circulación contratando cientos de mimos

para dirigir el tráfico, y repartiendo entre la población tarjetas rojas como las del fútbol para que pudieran avergonzar a sus conciudadanos cuando condujeran de manera egoísta o peligrosa. Redujo la violencia mediante la política de intercambiar pistolas por juguetes, y ofreciendo vacunas simbólicas contra la violencia, como si esta fuera una enfermedad. Disfrazado de Superciudadano, con capa roja, sus métodos eran más deudores de la *performance* que de la política convencional. Pero sobre la base de la estabilidad ciudadana que él trajo, sus sucesores consiguieron hacer grandes cosas por Bogotá en cuestión de transportes e infraestructuras.

Con ese telón de fondo, sucedían cosas igualmente extraordinarias (aunque menos estrambóticas) en la segunda ciudad del país. En la década de 1990, Medellín era la capital mundial del asesinato. Una serie de alcaldes, en especial Sergio Fajardo, junto con otros líderes ciudadanos, decidieron que ya estaba bien de la violencia que los cárteles de la droga enfrentados entre sí habían provocado en su ciudad, y que unos espacios públicos nuevos, edificios civiles e infraestructuras contribuirían a darle la vuelta a la situación. Y lo consiguieron. Pero, en cierto sentido, más radical que los nuevos edificios y las nuevas plazas en sí, por impresionantes que resulten, fue la organización de los diferentes grupos cívicos implicados en un frente común unido. Hoy se habla mucho de soluciones “de abajo arriba”, que den voz al ciudadano corriente; pero la transformación de Medellín fue el resultado de un activismo “de arriba abajo”.

En la frontera entre Estados Unidos y México, el lugar en que Latinoamérica se encuentra con Norteamérica, interviene un tipo diferente de arquitecto. Teddy Cruz no está construyendo viviendas, al menos no todavía, pero sus observaciones sobre esta zona fronteriza políticamente sensible, donde los pobres de Tijuana construyen casas a

partir de las puertas de garaje de las que se deshacen los ricos de San Diego, le han convertido en el pensador más influyente de la generación de la que me estoy ocupando. Más que construir, ha teorizado sobre el papel del arquitecto activista, elaborando una nueva forma de practicar la arquitectura basada en la autogestión y en el compromiso con el sucio negocio de la política; todo esto, por supuesto, como compensación del fracaso de las instituciones públicas. En la actualidad está intentando poner en marcha un proyecto urbanístico dirigido por la comunidad en el suburbio de San Ysidro, en San Diego; pero una acción de Teddy Cruz tiene grandes posibilidades de ser una *performance* que incluya conducir a los políticos por una cañería que cruza la frontera, para que puedan comprender las condiciones que imponen sus políticas.

En otro lugar, en el norte de Argentina, encontramos un intenso activismo arquitectónico que no tiene nada que ver con los arquitectos. En Jujuy, un movimiento social radical llamado Túpac Amaru, dirigido por una imponente mujer de la etnia indígena colla, Milagro Sala, ha estado construyendo comunidades enteras para los pobres. De nuevo, lo notable no es únicamente la función de este movimiento como catalizador, sino las estructuras organizativas que ha puesto en marcha para crear estas comunidades. Túpac Amaru creó sus propias fábricas de ladrillo y siderurgia, y empleó a los propios residentes como obreros de la construcción. Este activismo autónomo es una respuesta a las promesas repetidamente incumplidas y a la corrupción de los políticos. Y lo más asombroso tal vez sea cómo ha logrado revertir la ecuación de la vivienda social de tal forma que, en lugar de proporcionar lo mínimo posible, proporcionó lo máximo. Eso se traduce en gigantescas piscinas y parques temáticos jurásicos: ¿qué mejor forma de hacer que los pobres se sientan ricos, dice ella, que una gran piscina? Las casas llevan marcada la cara

del Che Guevara, en un contexto global que le hace parecer una especie de urbanismo socialista radical con estilo Disney. Pero no por ello deja de suponer un potente ejercicio de activismo.

Aparecen en la presente obra otros ejemplos en que los pobres han tomado las riendas de sus asuntos, convirtiéndose en activistas urbanos sin ayuda de arquitectos. En Caracas visitaremos un rascacielos de cuarenta y cinco plantas que ha sido ocupado por tres mil personas. Construido como centro de operaciones bancarias, la Torre de David se quedó sin terminar a mediados de la década de 1990, por el fallecimiento de su promotor. Tras permanecer vacía durante una década, fue invadida por un grupo de familias de las chabolas, con lo que pasó, de ser un emblema de las propiedades inmobiliarias exclusivas, a ser un símbolo de la redistribución. Los nuevos habitantes se organizaron, instalaron electricidad y agua corriente, y convirtieron un rascacielos en ruinas en un pueblo vertical. Es una historia poderosa, que, de nuevo, no se trata de una utopía. Subir y bajar andando treinta pisos todos los días para llegar a la puerta de la calle (la Torre de David no tiene ascensor) es el precio que hay que pagar por pasar de una vida precaria en los bordes de la ciudad a un ático en el centro. La Torre de David es una anomalía, un accidente debido a circunstancias extremas; pero es precisamente el tipo de híbrido formal-informal que las ciudades del mundo en vías de desarrollo necesitan explorar si quieren empezar a imaginar un futuro distinto del presente.

APRENDER DE LATINOAMÉRICA

Hubo una época en que, a ojos de quienes exportaban las políticas del “consenso de Washington”, Latinoamérica era

sinónimo de precariedad, corrupción y prácticas ilegales. Hoy en día puede que pensemos en esos mismos términos de Wall Street. Mientras, las economías latinoamericanas se mantienen relativamente estables, con un índice de crecimiento que ya querrían Estados Unidos y Europa, y con gobiernos que son un bastión de las políticas progresistas y del bienestar, que aún no se han visto obligados a desmantelar en nombre de la austeridad. Pero quizá sea en el asunto de la ciudad donde más tenga que ofrecer Latinoamérica. El hecho de que las naciones latinoamericanas soportasen tales niveles de urbanización a mediados del siglo xx, en condiciones de escasez, las han convertido en un campo de prueba fundamental para las ideas radicales de desarrollo y gestión urbanas. Porque, si el crecimiento fue el paradigma del siglo xx, parece que la condición básica del xxi podría ser la escasez.

En 1995, el Museum of Modern Art de Nueva York organizó una exposición titulada “Arquitectura latinoamericana desde 1945”, que condensaba una era en que muchos veían Latinoamérica como la generadora de la cultura arquitectónica más apasionante del mundo. En la estela de una celebración anterior de la exuberancia sureña, la exposición “Brasil construye” de 1943, la muestra presentaba una región que abrazaba la modernidad con un entusiasmo que supuestamente debían envidiar los visitantes del MOMA. Allí estaban los poetas del hormigón armado. De acuerdo con el espíritu de los tiempos, los organizadores destacaban el genio individual y, por encima de todo, el estilo.

Seis décadas después, Latinoamérica tiene lecciones mucho más útiles que impartir, más sobre estrategias que sobre estilo. En ninguna otra zona del mundo ha habido ejemplos de esfuerzos colectivos y de imaginación como los que se han dado en Latinoamérica a la hora de atacar los síntomas crónicos de una urbanización rápida y carente de

planificación. Ya estemos hablando de problemas de vivienda, de crimen, de transporte, de segregación o de falta de participación política, el continente ha sentado precedentes que podrían tener un efecto transformador en otras partes del mundo en vías de desarrollo; y también, ciertamente, en el mundo desarrollado.

Pongamos por caso la ciudad de Porto Alegre en Brasil, que en 1989 puso en marcha una política de presupuestos participativos, brindándole a la ciudadanía un papel activo en las decisiones sobre cómo gastar el dinero público. En siete años, el gasto en salud y educación había subido de un trece a un cuarenta por ciento. Era una transformación potencialmente revolucionaria de las políticas de arriba abajo. Su efectividad ha menguado en los últimos años (después del giro a la derecha en las elecciones de 2004), pero Porto Alegre es ahora una piedra de toque en la gestión urbana de abajo arriba, y esa política se ha impuesto en más de ciento cuarenta municipios de todo el país, y en tres mil de todo el mundo. También en Brasil podríamos hablar de Curitiba, donde en las décadas de 1970 y 1980 el alcalde Jaime Lerner (un arquitecto) introdujo una serie de políticas heterodoxas que transformaron sus transportes públicos e hicieron que la ciudad fuera, por usar la expresión de moda, más sostenible. El más famoso de estos nuevos sistemas es el llamado autobús de tránsito rápido, que revolucionó la movilidad en la ciudad; pero sus reformas incluyeron también el ofrecimiento de billetes de bus y alimentos gratis a los habitantes de las chabolas, a cambio de que recogiesen su propia basura. La experiencia de Curitiba influyó mucho en la puesta en marcha del servicio de autobús TransMilenio en Bogotá, a manos del alcalde Enrique Peñalosa, de la misma manera que el programa de educación cívica de Antanas Mockus en Bogotá contribuyó a allanar el camino de la rehabilitación del espacio público